

Genealogy: initial pedagogic option in psychology

Sergio Trujillo García *

* Psicólogo y Magíster en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana. Especialista en Gerencia de Recursos Humanos de la Escuela de Administración de Negocios. Profesor de Genealogía de la Psicología y de lo Psicológico en la Facultad de Psicología de la Pontificia Universidad Javeriana. Miembro del Campo de Historia y Epistemología de la Psicología - COLPSIC-. Correspondencia: sergio.trujillo@javeriana.edu.co

Genealogía: opción pedagógica inicial en psicología

Recibido: octubre 23 de 2013
Revisado: octubre 23 de 2013
Aprobado: marzo 7 de 2014

ABSTRACT

In this article, some genealogic stresses that impulses psychology development and can be characterized as the nucleus of critic initial education of psychology students, are explored. Seven stresses are meaning: 1. Historical: history-epistemology; 2. Ontological: materialism-idealism; 3. Epistemological: reason-experimentation; 4. Classification of the Sciences: natural sciences-human sciences; 5. Different theories approaches stresses; 6. Dogmatic or eclectic options; 7. Metanarratives and sciences. Off course, it doesn't imply to solve these conflicts, these stresses, but invite to a genealogic conversation in a Nietzsche and Foucault mode, to introduce the new students into de complexity of psychology.

Keywords: Genealogy, social science education, history education, epistemology, psychological schools.

RESUMEN

En este artículo se exploran algunas de las tensiones genealógicas que dinamizan el desarrollo de la psicología y que pueden caracterizar los núcleos de la formación crítica inicial de los estudiantes de psicología. Las siete tensiones consideradas son: 1. Histórica: historia-epistemología; 2. Ontológica: materialismo-idealismo; 3. Epistemológica: razón-experimentación; 4. Clasificación de las ciencias: ciencias naturales-ciencias del espíritu; 5. Tensiones entre diferentes escuelas o enfoques; 6. Dogmatismo mono-paradigmático u opción pluri-paradigmática; 7. Tensiones entre las ciencias y los meta-relatos. Por supuesto, no se trata de resolver tales conflictos, tales tensiones cuya naturaleza misma es dinamizar las historias, sino de invitar a un diálogo genealógico, al estilo nitzscheano y foucaultiano, para introducir a los nuevos estudiantes en la complejidad de la psicología.

Palabras clave: Genealogía, educación en ciencias sociales, enseñanza de la historia, epistemología, escuelas psicológicas.

Introducción

Las narraciones unilineales de la historia, con sus héroes y sus protagonistas, con sus fechas cronológicamente organizadas, con sus batallas, sus guerras y sus vencedores, pueden llevarnos a pensar que los acontecimientos se suceden al azar los unos a los otros, guardando entre sí meramente relaciones de contigüidad o a lo sumo de causalidad secuencial, o también a admitir ingenuamente que una vez que hacen parte del pasado, los hechos no se repiten jamás, como si fueran superados definitivamente los conflictos que están a la base de los humanos intereses humanos y de las decisiones humanas, como si no volvieran a presentarse jamás las tensiones que nos mueven, y no fuera posible vislumbrar una estructura detrás de las dinámicas permanentemente cambiantes, estructura que nos permitiese comprender el flujo incesante en el espacio y en el tiempo, o como si debiésemos creer inexorablemente en que la historia transita en un solo sentido y en la empírica evidencia del progreso que en ella se acumula.

Llama la atención otra manera de narrar la historia, particularmente las historias de las psicologías. Detenerse y discernir acerca de esa manera de relatar las historias que busca conocer las condiciones en medio de las cuales emergen las necesidades de producir conocimientos psicológicos. Desconfiar del relato único y permitirse desocultar algunas de las tensiones ocultas bajo las propuestas de conocimientos científicos puros. Develar los intereses escondidos tras las propuestas que se presentan como desinteresadas.

Se propone emprender con nuevos estudiantes de psicología el conmovedor proceso de revelación de tensiones que no son nunca completamente resueltas y de las cuales proceden diversas versiones de la psicología y de lo psicológico. Para no repetir la historia en su versión oficial, llaman la atención múltiples emergencias

de fuerzas que dinamizan nuestras historias, es decir, invitar a los recién llegados a la psicología como disciplina y como profesión, a comenzar su formación haciendo una genealogía de las psicologías, a la usanza de Nietzsche y de Foucault.

Para ello, se parte de considerar las siguientes tensiones genealógicas:

1. Aquella que dinamiza el desarrollo de una disciplina científica cuando consideramos que quienes la proponen están insertos en coordenadas históricas y culturales, es decir la tensión entre historia y epistemología, (Orozco, 2011). Claro, acercarse críticamente a la historia nos coloca en el incómodo lugar de quienes hemos sido aleccionados con esa única versión y por tanto a quienes se les ha pedido sumisión a ella, pero que también dudan, inquietan y se sienten incómodos con ella, dudando recelosos acerca de su “verdad” y comienzan a descubrir otras historias, otras verdades. En pocas palabras, aproximarse a la tensión entre la historia y la epistemología exige movernos entre la escucha que acata y obedece y la sospecha que olisca, descubre y se rebela (Ricoeur, 1976, 1983; Trujillo, 2008a).
2. La tensión que procede de la inquietud ontológica, es decir de las preguntas: ¿Qué es lo que es? y ¿Cómo concebimos lo que es?, y por tanto, para la psicología, la cuestión de su visión del ser humano, de la antropología que subyace a sus miradas, pues conlleva definir cómo concebir “lo psicológico”, en tanto que podría pensarse de modo materialista, espiritualista, o dualista, cada cual con sus múltiples exigencias éticas, políticas y metodológicas (Bergson, 1947; Casado, Tortosa, Civera, Saiz, Saiz & Calatayud, 1998; Montero, 2001; Trujillo, 2003, 2006, 2008).

Dicha tensión también se ha expresado como diferencias fundamentales, como dicotomías entre procesos psicológicos básicos y superiores, como contrastes entre lo consciente, lo inconsciente y lo inconsciente, como abismo entre cognición y afecto, entre la voluntad y el determinismo. Algunas veces esta tensión queda instaurada evolutivamente cuando consideramos la ontogénesis, el desarrollo de los seres humanos, puesto que no somos los mismos a lo largo de nuestra vida y en nosotros algo se conserva y algo cambia sin que por ello dejemos de ser nosotros mismos. Esta es, por tanto, una manifestación de la tensión entre el ser y el devenir (Escobar, 2003; Trujillo, 2002).

3. También hay que considerar aquella tensión que emerge de la epistemología en tanto pregunta acerca de cómo conocemos lo que es, que puede ser una pregunta general, asunto de la filosofía, o puede ser una pregunta específica de la psicología que preocupa especialmente a los psicólogos. En ambos casos esta tensión podría sintetizarse en las opciones que tenemos entre la razón, por una parte, y la experimentación, por otra, y sus posibles combinaciones y matices al estudiar lo psicológico.

Esta tensión recoge y reedita de múltiples maneras los conflictos entre el empirismo insular y el racionalismo continental que se vivieron en la Europa de los siglos XVII, XVIII y XIX, de los cuales somos herederos, con sus diferentes expresiones y matices (Casado et al., 1998; Balbi, 2004; Saldarriaga, 2011; Oviedo, 2011). Una de las reencarnaciones de esta tensión es metodológica: la que se da entre la investigación cuantitativa y la cualitativa, pues no olvidemos que, como sugiere Óscar Gilberto Hernández (2013): “(...) cuando la investigación cualitativa irrumpe en la psicología

abre posibilidades para pensar, incluso, otras alternativas de su historia” (p. 122).

Nótese cómo, tanto el dualismo ontológico como el monismo ontológico bien sea materialista o espiritualista; así como el dualismo epistemológico o el monismo epistemológico, bien racionalista o bien empirista, han sido opciones de quienes hacemos las psicologías, en las cuales se reedita de diferentes maneras y según los distintos matices propios de cada enfoque en psicología, la tensión de la cual estamos hablando, y que, en todo caso y como una de sus expresiones, conlleva diferencialmente la insistencia metodológica bien en lo cualitativo o bien en lo cuantitativo. Hacer ciencia supone primero optar por el tipo de ciencia que se quiere hacer, pues cada uno de los tipos de ciencia exige, de manera diferencial, realizar ciertas opciones ontológicas, epistemológicas, metodológicas, éticas y políticas (Trujillo, 2006).

4. Quienes proclamaron que la psicología era una ciencia, anunciaron además que era una ciencia natural (Valenzuela, 2011), pero pronto se vieron en una encrucijada, dada la complejidad de lo psicológico que no se agota en lo biológico ni se restringe a lo cultural (Barrera, 2011).

Pronto la psicología se vio en la necesidad de admitir que su objeto de estudio no es un objeto, sino un ser humano -individual y colectivo- con vocación de sujeto, cuya autonomía desborda la posibilidad explicativa de las ciencias naturales, de suyo empírico-analíticas, y requiere de la comprensión y la transformación asequibles solo a través de aproximaciones histórico-hermenéuticas y crítico sociales. Pronto se vio en la necesidad de distinguir en el ser humano una realidad interna y otra externa, una inmediata

y otra mediata (Wundt, 1896) y de estudiar la complejidad de las relaciones entre ellas (Lorite, 2011; Trujillo, 2006, 2007, 2008).

La Escuela de Frankfurt describiría esta tensión, en síntesis, comentando que, junto con el interés técnico inicial en la psicología, fue necesario contar con un interés hermenéutico y, pronto, con un interés emancipatorio, entre los cuales, por supuesto, también hay tensiones (Vasco, 1980). Parece ser que la psicología se debate, como ciencia transversal, (González, 1980) entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, o como hubiese dicho Wilhelm Dilthey, entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu.

5. De las proto-escuelas y pronto, de las luchas entre el estructuralismo y el funcionalismo, de sus tensiones dialécticas, emergieron muy diversas escuelas, cada cual con la pretensión de dar cuenta de lo psicológico (Gondra, 1982; Casado et al., 1998; Balbi, 2004; Escobedo, 1984; Trujillo (en prensa)). Emergieron propuestas muy diversas a partir de los conflictos que se generan al interior de los litigios ontológicos y epistemológicos entre ellas. Cada propuesta se elabora a partir de un enfoque de lo psicológico, de un nivel de resolución, de unas unidades de análisis admitidas, de unos postulados epistemológicos, de unos procedimientos metodológicos aceptados como idóneos, de unas condiciones históricas, de una concepción de hombre y de ciencia... de un paradigma asumido (Kuhn, 1980; Barker, 1999; Castellanos & Trujillo, 1988; Trujillo, 2006, 2007, 2011a y b).
6. Algunas tensiones proceden, entonces, como advierte Foucault, de la pasión con que se defienden las ideas propias y se critican las ajenas (Foucault, 2004; Trujillo, 2011c). Dichas pasiones producen posturas

extremas como el dogmatismo uni-paradigmático en un polo o el eclecticismo pragmático y acrítico en el otro, en medio de las cuales hay quienes buscan diálogos entre escuelas, quienes realizan búsquedas de lenguajes conciliadores, quienes encuentran convergencias y divergencias, quienes proponen algún tipo de pluralismo paradigmático, alguna forma compleja de eclecticismo heurístico (Escobedo, 1984; Castellanos & Trujillo, 1988; Trujillo, 2012a).

Sin pretender ubicar a la psicología en un período pre paradigmático o insinuar que se encuentra precisamente en un período de revolución científica, sino simplemente haciendo ver que algunos historiadores de las ciencias han destacado la tensión entre un paradigma dominante en una época y otros paradigmas en algún momento de la historia de una disciplina, es preciso señalar que quizá Thomas Kuhn, en su libro "*La Estructura de las Revoluciones Científicas*" (1980), haya previsto, precisamente, estos movimientos históricos de las comunidades científicas cuando describe los períodos de ciencia normal y los de revoluciones científicas. Las propuestas de una psicología unificada podrían estar respondiendo a la búsqueda de una solución dialéctica a las tensiones entre polaridades. Lo uno y lo diverso, el ser y el devenir, siguen dinamizando generativamente, genealógicamente, nuestra historia.

7. Más allá de la pregunta epistemológica, se esconde la tensión gnoseológica movida por la vida misma, que se instaura entre la ciencia y otros modos de la experiencia humana, diferentes del conocimiento científico, nichos de sentido que nos protegen de la incertidumbre, nos cubren de la intemperie (Lanceros, 2007), los cuales conviven en cualquier momento de la historia. Me refie-

ro, por supuesto, a la Magia, los Mitos, las Religiones, las Filosofías, y las Artes, (Gadamer, Ortíz & Lanceros, 2004), en cuya relación con las ciencias es en donde habita la tensión doxa-episteme.

En estas líneas se indican algunas de las implicaciones pedagógicas de dichas tensiones, hoy, cuando ya tenemos conciencia de que epistemología y política son sinónimas (Hoyos, 1980), y podemos resonar de otra manera a viejos problemas heredados por la psicología de la tradición filosófica (Trujillo, En prensa), que no por viejos dejan de tener tremenda actualidad.

Algunas coordenadas de algunas mostraciones de algunas tensiones genealógicas

Una mirada genealógica a la psicología, que quiera serle fiel a las ideas, siempre vivas, de Friedrich Nietzsche (1844 – 1900) y de Michel Foucault (1926-1984), no va tras “*el origen*” como si la psicología preexistiese y pudiésemos acceder a su comienzo viajando hacia atrás en el tiempo, sino que considera cruciales las diversas procedencias, las disímiles emergencias, las múltiples contradicciones y conflictos, los intereses ocultos y también los manifiestos de quienes hacemos con nuestras humanidades concretas y en coordenadas culturales específicas, el conocimiento y la acción psicológicas (Foucault, 2004; Hoyos, 1980, 2011; Vasco, 1980; Trujillo, 2007, 2008, 2011, 2012).

La preocupación de una genealogía de la psicología señala las tensiones que dinamizan las historias de las psicologías, buscando poner a quien investiga, a quien estudia, a quien indaga, también en tensión y en movimiento. No se trata pues de visitar y revisitar, tranquilizándose en la contemplación y la quietud, memorizando cual sílabas sin sentido – SSS - (Ebbinghaus,

1885), las antiguas nociones y objetos desenterrados por la arqueología, que reposan en viejos y estériles museos empolvados, gracias al ejercicio aséptico del egipcianismo (Foucault, 2004; Trujillo, 2011).

No se trata de hacer turismo por el pasado inmóvil de las cosas o de transitar por los curiosos pensamientos de antaño, como si estuviesen muertos, como si hubieran sido superados ya, ampliamente además, por la manera actual de construir conocimientos que prevalecerían sobradamente sobre las precariedades pretéritas (Gadamer et al., 2004). No se trata de dejarnos aconsejar por la soberbia y concluir, arrogantes, que con la ciencia superamos ya los “errores acientíficos”, acaecidos a la humanidad, precisamente porque aún no se habían desplegado el método y el conocimiento científicos, en especial el empírico analítico, que hoy idealizamos e incluso idolizamos (Gadamer et al., 2004; Trujillo, 2007, 2008, 2011, 2012).

La genealogía nos atraviesa porque nosotros vivimos inmersos en las historias que son traspasadas por ella, pero no lo sabemos con certeza, tal y como el pez en el agua solo sabe que está en ella cuando sale. Por ello la genealogía nos conmueve, nos cuestiona, nos incomoda, nos importuna, nos confronta, nos agita y nos saca del agua paradigmática.

Cuando la genealogía indica algunas de las tensiones que constituyen la dinámica de las historias de la psicología, está señalando, incluso quizá denunciando, algunas de las tensiones que nos constituyen a nosotros mismos. Por ello, hacer historias de las psicologías es también hacer biografía, hacer auto-biografía, es también hacer el honrado desenterramiento, el valeroso desocultamiento de las propias tensiones, procedencias y emergencias, y por ello en ocasiones nos resistimos a continuar profundizando, pues no es sencillo ahondar en nuestros

propios conflictos y contradicciones (Trujillo, 2011, 2012).

Cabe entonces la pregunta: ¿Cómo enseñar “la historia” de “la psicología”?, si no hay un privilegiado momento al cual aludir para ubicar “el comienzo” de la flecha del tiempo en que parecería transcurrir nuestra disciplina. ¿Y si son tantas las historias, cómo enseñar las epistemologías de las psicologías, dado que son diversas las miradas posibles acerca de lo psicológico y respecto de cómo conocerlo, puesto que son tantos los lugares desde donde pararnos para buscar comprenderlo? (Casado et al., 1998; Gondra, 1982).

La tradición experimentalista ha señalado “el origen” de “la psicología” (Wundt, 1896) en Alemania, en la Universidad de Leipzig, en 1879, laboratorio del segundo piso, - Arnoldo Aristizabal, en conversación personal, me dijo que aún no nos han informado la fecha y la hora exacta -, desconociendo otros orígenes y otros modos de hacer ciencia, de hacer psicología. Si bien no fue el mismo Wundt quien se atribuyera la fundación de la psicología, varios historiadores coinciden en llamarlo el padre de la psicología experimental e incluso de la psicología científica. Otras perspectivas recomiendan que vayamos a Estagira o quizá a Calcis, en la Antigua Grecia, (Aristóteles, 1950) más o menos en el año 300 a.C., para buscar con Aristóteles la “entelequia”, aquello que guarda el fin en sí mismo, al menos en potencia, de lo que hoy conocemos actualizado, realizado al menos en parte.

Mientras tanto, algunos más señalan que toda consideración sensata acerca “del origen” de nuestra moderna disciplina debe ubicarlo en el momento y el lugar mismo de su preciso comienzo, es decir en “El Palacio del Silencio” (Pavlov, 1926) en la Rusia de la Revolución de Octubre, cuando Pavlov, buscando lo psíquico, se encontró con que no era otra cosa que una

manifestación más compleja de lo fisiológico, argumento que encajaba como anillo en el dedo para la floreciente comprensión materialista de la historia, cuyas resonancias llegaron con toda su fuerza años después a los laboratorios de la Universidad John Hopkins, (Watson, 1913) en Baltimore, Estados Unidos.

El rastreo acerca del trabajo de Ivan Petrovich Pavlov (1849-1936) y de sus influencias en el pensamiento de John Broadus Watson (1878-1958) pronto nos llevaría en el pasado que ambos comparten a ese breve lapso en el cual se publicaron tres libros que produjeron un cambio de paradigma en el transcurso de tan solo cuatro años (1859-1863): *El Origen de las Especies* (1859), de Charles Darwin (1809-1882); *La Psicofísica* (1860), de Gustav Theodor Fechner (1801-1887) y *Los Reflejos del Cerebro* (1863), de Iván Mijailovich Sétchenov (1829-1905), con los cuales parecía haber quedado por fin sentada la posibilidad de hacer una ciencia natural y honrada a partir de ese conocimiento sobre lo psicológico que fuera antaño religioso y filosófico, o como dijera Watson (1913) con su irónica elocuencia, a partir de esas “reliquias venerables del pasado”.

Otras tradiciones nos invitarían a viajar en el tiempo al año, más o menos 395 d.C., a Tagaste, Numidia, o tal vez a Hipona, (Agustín, 1980) un lugar en el cual confluían las culturas más influyentes y poderosas de la época y que hoy conocemos como Marruecos y sus alrededores, sitio de encuentro de la ciencia árabe, la filosofía griega, la religión judeo-cristiana y el derecho romano, todos imbuidos por la cultura marinera del Mediterráneo y por sus aventuras, navegaciones, exploraciones, descubridores, salvadores, conquistadores y colonizadores, en cuyo abrazo fecundo pero también asfixiante se gestó Occidente, se produjo América y por supuesto se forjó Colombia, y en donde Agustín Aurelio (1980) se inspiró para escribir

tal vez la primera autobiografía que se conoce (Trujillo, 2011a).

Pero el nacimiento de la psicología también podría estar, dirían otros quienes hasta aquí quizá comenten que tan solo hemos visto la punta del iceberg de la historia, en Viena, Austria, en el seno de alguna de las tres escuelas que vieron allí la luz por vez primera, todas formulando de uno u otro modo que la Caja es Traslúcida y no Negra, buscando hermenéuticamente conocer sus secretos dinanismos interiores y esforzándose en comprender en su profundidad los motivos últimos o los sentidos primeros (Freud, 1981; Adler, 1958; Frankl, 2004).

O quizá la psicología nació en Neuchatel o en Ginebra, (Piaget, 1981) buscando precisamente responder evolutivamente a una pregunta epistemológica o a una pregunta moral jugando canicas por las calles (Piaget, 1983); o en Gomel en la provincia de Orsha, Bielorrusia, buscando entender, sobreponiéndose a los rigores de la tuberculosis y gracias a una brillantez, erudición y precocidad comparables a las de Wolfgang Mozart en la música (Toulmin, en Blanck, 1984) los dinanismos histórico-culturales del desarrollo del psiquismo, entrevistando campesinos en la fría estepa, en un momento en el cual la psicología también estaba en crisis (Vigotsky, 1995); o quizás inició en Francia en los años posteriores a la primera guerra mundial, acompañando a los niños que este autor (Wallon, 1984) denominó “turbulentos” por ser infantes huérfanos, abandonados, abusados y maltratados, como lo son hoy en Colombia los desterrados hijos de la violencia, cuyas patologías él describe.

O acaso nuestra disciplina vio la luz en Inglaterra y en Estados Unidos a finales del S. XIX y comienzos del XX cuando Titchener, E. B., (1898) trató de establecer los elementos mentales, por

una parte, y Thorndike (1898), los átomos psicológicos y sus asociaciones, por otra. En perspectiva puede comprenderse cómo y en qué contexto nace una psicología que busca contribuir con el utilitarismo filosófico de Jeremías Bentham (1748-1832) y su proyecto histórico colonialista de globalización, financiado por la pujante industrialización capitalista. Desde allí puede entenderse mejor que: “La obsesión por la medición, el control y la predicción fue convirtiéndose en parte de la ciencia humana, a tal punto que todo aquel que quisiera llamarse científico tendría que incorporar semejante trilogía” (Hernández, 2013, p. 122).

También podríamos ubicar el inicio de la psicología en Tenerife, una de las españolas Islas Canarias, en donde Wolfgang Köhler (1887-1967) quiso comprender la totalidad, la forma, el sistema, el cierre, el aprendizaje por discernimiento, para así poder hacer la firme e incisiva crítica tanto al atomismo asociacionista como al elementarismo de quienes estudiaban la conciencia, y por supuesto al análisis, asumido como único método y casi sin darnos cuenta, desde Descartes, como el procedimiento privilegiado para hacer ciencia (Köhler, 1927).

Podría la psicología haber nacido muchos años después en El Salvador, en Centroamérica, cuando un ser humano sensible frente a las injustas diferencias sociales, quien se sintió agraviado en carne propia junto con el pueblo que sufre, reclama una Psicología de la Liberación (Martín-Baró, 1998). Pero también la psicología podría estar naciendo aquí y ahora mismo en América Latina, pretendiendo establecer criterios para hacer una lectura crítica de los discursos acerca de “lo psicológico”; es más, su nacimiento podría estar aconteciendo en cada uno de nosotros aquí, en este mismo instante, a partir de las tensiones que nos atraviesan y constituyen.

El reclamo por una epistemología del Sur nos recuerda, como enuncian el poeta Mario Benedetti y el cantautor Joan Manuel Serrat, que el Sur también existe y en él otras formas legítimas de concebir la ciencia, precisamente para contrastar con la epistemología del Norte que hemos estado bebiendo por siglos, en la cual se valida, hegemonícamente, una cierta perspectiva del trabajo científico como la verdadera, como la única.

La psicología podría haberse estado gestando en esa discusión entre esclavistas españoles y portugueses y las autoridades civiles y militares de la época en la recién descubierta tierra de promesas, en proceso de ser conquistada, a propósito de si los indígenas tenían alma o no, puesto que si la tenían, no podían pretender legalmente traficar con ellos como esclavos, no podían legalizar su macabro negocio. Y nosotros pensando que ontología y epistemología son términos abstractos, alejados de cualquier implicación política, práctica.

Respecto de las psicologías en Colombia y de sus procesos constitutivos, el historiador Oscar Saldarriaga Vélez (2011) nos invita a pensar en que la psicología existía incluso antes de la psicología; y el psicólogo e historiador Gilberto Leonardo Oviedo Palomá (2011) concuerda con él cuando devela diversos problemas psicológicos que se formulaban en las reflexiones de orden político mucho antes de la institucionalización de la psicología como disciplina.

La sugerente perspectiva del profesor Hernán Camilo Pulido Martínez (2011) nos invita a pensar en que los objetos de estudio de la psicología, especialmente aquellos encarnados en la relación psicología-trabajo en Colombia, han sido importados e impuestos: replicados, adaptados, apropiados e hibridados, evidenciando así un proceso de colonialismo velado, en el cual se esconde, precisamente y tras del carácter

aparentemente científico y universal de sus aproximaciones, el interés de perpetuar procesos de dominación. Aludiendo a Rose (1996), el profesor Pulido señala la función ideologizante de la historia en este proceso:

(...) esta forma lineal de considerar la historia de la disciplina sirve básicamente para vigilar sus límites. Es decir, las historias celebrantes y oficiales cumplen el papel de establecer un cierto control sobre el porvenir de la disciplina, al determinar temas y métodos del pasado que son valiosos de conservar hacia el futuro (...) (2011, p. 64).

En medio de tales circunstancias y conociendo ya las finalidades que persiguen sus autores, es comprensible que Pulido Martínez invite a sus lectores a realizar una historia de la “psicologización”, más que de la psicología o de lo psicológico, que nos permita develar los intereses sutil o burdamente enterrados y ocultos tras la apariencia de ciencia neutral y desinteresada, lo cual nos coloca nuevamente en el vértice de las tensiones que aquí estamos discutiendo.

No olvidemos, como contexto en el que emergen nuestras psicologías, como condiciones que están a la base y definen el tipo de psicología que les sirve, que la primera constitución política de Colombia se escribió gracias a la correspondencia que los próceres criollos mantuvieron con Bentham. Se comprende mejor desde allí que el amarillo del oro esté por encima del azul del cielo y de las aguas y ocupe el doble de espacio que el rojo de la sangre humana, puesta en último lugar, arrojada debajo, dentro de un proyecto de nación para el cual los seres humanos son recursos útiles, desechables, propicios para alcanzar los fines perseguidos por los poderosos, es decir tener más riqueza y más poder.

Las cuestiones ontológicas, la discusión acerca del dualismo y el monismo, tan propias de las

creencias religiosas y de las posturas filosóficas, o de preguntas evolucionistas acerca de las relaciones de continuidad o de ruptura entre los animales y las personas, indican que los intereses económicos y políticos están en el cimiento mismo de las preguntas y las respuestas de la psicología, que nace allí donde alguien necesita hacer una antropología, posiblemente allí donde alguien está interesado en aproximarse, o bien simplificando y haciendo reduccionismos o bien complejizando, a la unidad biopsicosocial humana, allí donde aparecen los dilemas éticos y políticos: allí donde debe resolverse qué estudia la psicología, cómo puede conocerse aquello que dice estudiar y a quiénes les sirve y para qué el conocimiento producido.

La psicología pudo estar naciendo cuando Burrhus Frederic Skinner (1904-1990) pronunció en su ardoroso discurso frente al Senado de los Estados Unidos que los jóvenes norteamericanos deberían aprender matemáticas o tendrían que aprender ruso, luego de que el primer hombre en el espacio fuera un ruso y de que los Estados Unidos de Norteamérica perdieran en Cuba la batalla de Bahía Cochinos.

La psicología, como sostuvo James Angell (1906), “es lo que los psicólogos hagamos de ella”, y en este sentido, la psicología nace allí donde nosotros la engendremos. Cada cual, pues, puede reclamar la fundación de la psicología para sí mismo y en su propia historia vital, porque vive en carne propia sus mismas tensiones, y según su paradigma se lo indique, con todas sus posibilidades y limitaciones, podrá observar o dejar de ver lo que busca conocer.

Esta relación estrecha y entrañable entre el sujeto que conoce y el sujeto conocido, que pueden o no ser el mismo sujeto, hace que a la historia de la epistemología de la psicología le corresponda también la epistemología de la historia de la psicología, y a la enseñanza inicial

de la historia y la epistemología le corresponda la develación de las tensiones genealógicas que dieron, dan y darán arranques a las psicologías, dinamizándolas y transformándolas.

Porque las historias de las psicologías tienen muchos comienzos, pasados, presentes y futuros; escudriñar el pasado y afincar el presente exige de nosotros participar con futurición, -neologismo introducido por Bertrand Russell-, en la realización de nuestros proyectos colectivos. “Propositividad” podría, como señaló William McDougall (1871–1938), ser otra forma de llamar a “lo psicológico” (McDougall, 1923).

Pero si, como enuncia el antropólogo Luis Guillermo Vasco Uribe (1987): “toda la academia está marcada por la separación entre profesión y personalidad”, y esto es comprensible desde la recursividad sistémica a la vez como causa y como efecto del paradigma de Occidente (Morin, 1996) que separa un mundo para el sujeto y otro para el objeto, entonces es un desafío fundamental para la formación de psicólogos el hacer conciencia de la sujetualidad, propia y ajena, para contrarrestar la pretendida objetividad que nos saca del conocimiento y de su construcción, excluyéndonos de las posibilidades de ejercer protagonismos en la gestación de proyectos históricos concretos (Freire, 2009), es decir negándonos la posibilidad de ser sujetos (Trujillo, 2007, 2008).

El profesor Luis Enrique Orozco Silva (2011) develó la compleja relación entre historia y epistemología con su acostumbrada lucidez:

Ya no es posible pensar la realidad sin historia. Reconocer el carácter histórico de la ciencia lleva al reconocimiento de las condiciones socioculturales de su producción, lo cual hace posible una política de la ciencia, una sociología de la ciencia, una economía de la ciencia... una teoría crítica del conocimiento (epistemología). En último término la idea previa de

lo científico descansa sobre una concepción de la realidad y del hombre (Orozco, 2011).

Para la Universidad, en sus pálpitos a la vez una y diversa, desde cuando asume la responsabilidad por el cuidado de lo uno y de lo diverso, por el cuidado del ser y el devenir, lo cual viene haciendo desde más o menos el siglo XII, es perentoria la exigencia de generar y mantener las condiciones de posibilidad para que las tensiones entre lo que cambia y lo que se conserva puedan seguir moviéndonos. La opción por uno de los polos dogmatiza de modo reduccionista, frenando el ejercicio de la razón razonable, de la crítica, mientras que la no opción confunde, siembra caos.

Ello también indica que la complejidad en las psicologías se ha constituido, no pese a los conflictos, sino gracias a ellos y que cualquier forma de reduccionismo encefalece, empobrece, mutila. Puesto que somos complejos no se puede abordar la complejidad del ser humano a partir de un solo foco, es más, por definición de los diferentes campos disciplinares, no podemos pretender que tan solo una disciplina de cuenta de toda la realidad. Hay pues, también tensiones entre la disciplinariedad, la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad.

Permítame citar, como ejemplo del pluralismo en nuestras historias y en nuestras epistemologías, a dos ilustres estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad Javeriana, Juan Daniel Gutiérrez y Valentina Prieto, quienes en su trabajo de grado afirman:

El mismo Jung (1935) advertía con certeza que “No hay una psicología moderna sino muchas (p.15)”, y de eso mismo se percató Skinner (1991) quien dijo que, “A juzgar por la bibliografía sobre psicología, o hay demasiados conceptos de la misma, en su mayor parte incompatibles, o ninguno absolutamente claro (p.10)”. Al revisar la historia de la psicología, sabemos

que históricamente los distintos enfoques a lo largo del siglo XIX y siglo XX se enfrentaron entre sí para ser reconocidos como la verdadera psicología (Gutiérrez, Prieto & Trujillo, 2013).

En la médula de todas las tensiones a las cuales ya hemos aludido, hay una tensión profunda, muy difícil de develar puesto que hace parte del aire paradigmático de Occidente que respiramos sin saberlo, o si prefieren, que forma parte de su agua paradigmática en la cual nadamos sin darnos cuenta. Tensión que, una vez develada, nos presenta el enorme desafío de transformar la cultura, de redireccionar la historia y por consiguiente de cambiarnos a nosotros mismos. Nietzsche señaló tal asunto diciendo: “(...) que tenemos derecho a distinguir entre sujeto y predicado, entre causa y efecto, esta es nuestra fe más fuerte; (...)” (Conill, citado por Trujillo, 2006).

Para no abundar en lo que Trujillo (2006, 2007, 2008, 2008a, 2011b, 2011d, 2012, 2013) ha propuesto acerca de la tensión entre la sujetualidad y la objetividad (Maturana, 1997), se cita una mirada distinta, desde otro balcón, una perspectiva de alguien que llegó a similares conclusiones en otra disciplina. En la cita que sigue les pido el favor de reemplazar las palabras antropólogo y antropología, por psicólogo y psicología:

La objetividad se nos presenta como un requisito absolutamente imprescindible para garantizar la cientificidad del trabajo del antropólogo, para acceder a las grandiosas cumbres de LA VERDAD. Ella sería la piedra de toque que revela al antropólogo de calidad. Pero poco acuerdo hay acerca de lo que ella significa. “Desprenderse de prejuicios y juicios de valor”, “arrancar de sí la subjetividad”, “ser fiel a los hechos”, “ser imparcial y no tomar partido”, “estar comprometido solo con la antropología misma”, son apenas algunas de las fórmulas con las cuales se pretende caracterizarla. Algunos llegan hasta el extremo

de recetar la “puesta en blanco de la mente”, “despojándose de los conceptos que encierran, todos, una preconcepción del objeto de estudio”. Quizás todo esto no sea otra cosa que expresión de un positivismo ya bastante trasnochado, pero sus implicaciones políticas hacen que se mantenga en vigencia y que se preconice su aplicabilidad actual. La docencia dentro de la academia sigue haciendo énfasis sobre la necesidad de la objetividad y ella sigue siendo el eje alrededor del cual giran muchos de los esfuerzos en el campo de la metodología y la investigación (Vasco, 1987, p. 8).

Completamente de acuerdo con el profesor Vasco Uribe, el único comentario al párrafo que cité, es que con todo esto que nos está aconteciendo de las indexaciones de revistas, la cuantificación, etc., no es posible pensar en que el positivismo sea algo trasnochado, sino más bien algo que debería trasnocharnos puesto que se ha refinado, profundizado, arraigado e incluso enquistado en los modos y procedimientos de las vidas académicas, y por tanto en sus culturas particulares, las cuales legitiman y reproducen ciertos modos y procedimientos en el mundo de la vida. El desarrollo de las ciencias sociales en América Latina evidencia, como señaló el profesor Guillermo Hoyos Vásquez (1980), un proceso hegemónico de positivación.

Doy de nuevo la palabra a Valentina Prieto y a Juan Daniel Gutiérrez quienes citando, parafraseando y comentando a Erich Fromm (2011) dicen:

El sujeto sería entonces como una especie de “piedra en el zapato” de la ciencia moderna, en tanto, “(...) el sujeto es el *todo-nada*, nada existe sin él, pero todo lo excluye; es como el soporte de toda la verdad pero, al mismo tiempo, no es más que <<ruido>> y error frente al objeto (p. 69)” La consecuencia de esta episteme fue la eliminación del sujeto convirtiéndolo en un objeto más de estudio. Pero el ser humano, ese sujeto en potencia, no es una cosa, pues “Si el hombre fuera una cosa, se podría preguntar *qué* es y definirlo como

se define a un objeto de la Naturaleza o a un producto industrial (Gutiérrez, Prieto & Trujillo, 2013).

Luego, parafraseando a Emmanuel Lizcano señalan:

Lo que se quiere advertir aquí es que el convertir al sujeto en un objeto, o el devaluar la subjetividad por la sobrevaloración de la objetividad, llevó a diversas consecuencias que trascienden la esfera de la ciencia, afectando de manera amplia y contundente la vida psicológica, social, cultural, política y económica del ser humano. La sociedad se convirtió en un amplio laboratorio científico que por supuesto no está exento de una carga ideológica (Gutiérrez, Prieto & Trujillo, 2013).

Tal cientificación de la vida y tal positivación de la ciencia no logran dar respuestas a las preguntas más apremiantes de los seres humanos, que son las que nos hacemos respecto del sentido de nuestras existencias. Buscamos tales respuestas, y de esto dan cuenta varias aproximaciones serias al estudio de la postmodernidad, a través de la magia, de los mitos, de las religiones, las filosofías y las artes, que conviven, que coexisten con las ciencias y con los diversos modos de hacer ciencia. Un balance del lugar de la ciencia en la vida de las personas mostraría que la ciencia desencanta la realidad y siembra la desesperanza, evidenciando un mundo seco y estéril como un estropajo.

Jerome Bruner (2000), enuncia que la obviedad de la ciencia nos deprime, mientras que otras formas de conocimiento procuran reencantar la realidad (Gadamer et al., 2004). ¿Cuál parece ser, entonces, nuestra responsabilidad con las nuevas generaciones, a quienes estamos enseñando psicología mientras les heredamos un mundo en crisis, producido precisamente por los avances de la ciencia positiva y de la técnica que de ella se deriva? Comentan los estudiantes ya citados aludiendo a Ken Wilber (2008):

Es el hombre quien busca el significado, el valor, la profundidad, el respeto, la importancia y el sentido de su existencia cotidiana. “(...) Y, si la ciencia no proporciona esas cosas –porque, de hecho, no puede proporcionarlas–, el ser humano las buscará en cualquier otra parte” (Gutiérrez, Prieto & Trujillo, 2013).

Con conciencia de las tensiones que proceden de la humilde aceptación de la propia finitud, de las determinaciones natural y cultural que nos acontecen, y simultáneamente de la vocación a la infinitud, es decir, a la auto-determinación en medio de tales determinaciones naturales y sociales, la labor de desocultamiento de las tensiones genealógicas, que nos constituyen y que dinamizan las historias, puede sembrar en todos nosotros la esperanza, pero también la desesperación, si no contamos con un horizonte hermenéutico, con un horizonte de sentido (Fabry, 1977; Frankl, 2004; Lukas, s.f.).

Nuestro presente, sin memoria y sin proyectos, moriría víctima de la inmediatez. Sin embargo, desolvidar puede ser muy frustrante si están ausentes el valor, la significación y la orientación que aporta el sentido a nuestro futuro y que nos permite resignificar el pasado. En pocas palabras: *la aletheia*, el desenterramiento, es un oficio muy ingrato sin la esperanza de la resurrección. Por eso, invito a mis estudiantes a estudiar apasionadamente epistemologías e historias, historias y epistemologías, pues parafraseando a Skinner, si no las comprenden deberán inexorablemente aprender positivismo.

A modo de conclusión: algunas implicaciones pedagógicas de la conciencia de las tensiones genealógicas en las historias de las psicologías

Cómo no reconocer con humildad la importancia de la formación inicial de los psicólogos en su proceso de constitución como sujetos. Si enseñásemos la historia de la psicología y no las historias de las psicologías nuestros estudiantes

podrían llegar a pensar que, en efecto, hay una sola psicología y una sola historia, una sola ciencia y una sola manera de hacerla. Los jóvenes interesados en la psicología no encontrarían allí cabida para sus propios proyectos, los cuales deberían subsumirse a los propósitos y métodos de esa psicología, extraña, ajena.

Si enseñásemos la sucesión de acontecimientos sin hacer de ellos una lectura crítica, que nos permitiese desenterrar las tensiones de los cuales emergen, que nos ayudase a desolvidar nuestros inicios tumultuosos, las procedencias tantas veces inadmisibles de nosotros mismos, nuestros estudiantes podrían llegar a creer que podríamos aspirar a la perfección, que los conflictos son un accidente que debe evitarse y sepultarse para evitar problemas, que la pureza del conocimiento es deseable y que hay que alinearse con quienes están en el poder epistemológico.

Si transmitiésemos explícita o implícitamente que el profesor tiene la verdad y que los escritores de los libros de historia llegaron a conocerla por ser iluminados, quizá podrían llegar a pensar que ellos mismos no pueden alcanzar la condición de esclarecidos y a concebir que no es posible ser trabajadores acuciosos que gozan con la arqueología del saber, cada que encuentran una verdad parcial y contingente, la cual les permite revelar algunas tensiones características de la genealogía de la psicología.

Si no enseñásemos la pluralidad, tendríamos que casarnos con una sola escuela y estaríamos matriculando a nuestros estudiantes en esa misma forma de pensamiento hegemónico, con sus mismos valores y antivalores y sus opciones fundamentales incuestionadas e incuestionables. Estaríamos enclaustrando a los estudiantes en la finitud de su propia e ideologizada mirada, desprevenida pero ingenua. Pero si optamos por la pluralidad debemos entonces buscar el

modo de ser rigurosos y sistemáticos en nuestros análisis, debemos encontrar o construir criterios aptos para hacer discernimiento, para decidir y para obrar en consecuencia.

Si considerásemos a la psicología ajena al concierto de las disciplinas científicas o dentro de este privilegiásemos un estilo de trabajo por sobre los demás, o si privásemos a los estudiantes de leer filosofías, de consultar archivos, de disfrutar con la literatura y con las artes, de cuestionar otras disciplinas, tendríamos que renunciar al espíritu mismo de la Universidad. Si no los invitásemos a realizar una fenomenología del espíritu, nuestros pupilos llegarían a admitir que la realidad se agota en aquello que perciben y que el conocimiento científico se limita a aquel que puede comprobarse.

Subvertir la ciencia en tanto mito propio de la modernidad y la postmodernidad, en tanto “calvaria”, (Serres, 1996) en tanto ideología, en tanto imposición a los Meta relatos, en tanto reduccionismo y desencantamiento, es responsabilidad de quienes enseñamos psicologías, para que

el sujeto, aquel que tiene un proyecto histórico concreto (Freire, 2009), pueda emerger, reencontrado, gracias a la conciencia de sus propias limitaciones, potencialidades y contradicciones.

Detrás de la opción pedagógica por las tensiones genealógicas hay, como el lector puede ver, opciones ontológicas, epistemológicas, metodológicas, éticas y políticas. Qué bueno que pudiésemos reflexionar con detenimiento acerca de cada una de las tensiones propias del desarrollo histórico de nuestra disciplina, poder investigarlas con mayor detalle y profundidad, poder discutir las, conversarlas, apalabrarlas, más allá del abrebotas que constituye este breve escrito.

Qué bueno que podamos conversar acerca de cómo formar integralmente a nuestros estudiantes, con la mayor liberalidad de ánimo posible, acompañándolos en el proceso conmovedor de quedarse sin piso una y otra vez, cada que estudian una tensión genealógica, haciéndose así más libres para decidir la psicología que ellos mismos quieren hacer.

Referencias

- Adler, A. (1958). *Práctica y teoría de la psicología del individuo*. Argentina: Paidós.
- Agustín, A. (1980). *Confesiones*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- Angell, J. (1906). La provincia de la psicología funcionalista. En J. M. Gondra, (1982). *La psicología moderna* (pp. 328-344). Bilbao: Desclée de Brower.
- Aristóteles. (1950). Tratado del alma. En *Obras Filosóficas*. Buenos Aires: Editorial Jackson.
- Balbi, J. (2004). *La mente narrativa*. Buenos Aires: Paidós.
- Barker, J. A. (1999). *Paradigmas. El negocio de descubrir el futuro*. Bogotá: McGraw Hill.
- Barrera, L. A. (2011). Presentación panorámica de la psicología. En S. Trujillo & L. M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 175-184). Bogotá: JAVEGRAF.
- Bergson, H. (1947). El Alma y el Cuerpo. En *Espíritu y Materia*. Buenos Aires: Editorial Renacimiento.
- Blanck, G. (1984). *Vygotsky. Memorias y Vivencias*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Bruner, J. (2000). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Editorial Visor.
- Casado, C., Tortosa, F., Civera, C., Saiz, D., Saiz, M. & Calatayud, C. (1998). *Una Historia de la Psicología Moderna*. Madrid: McGraw Hill.
- Castellanos, A. M. & Trujillo, S. (1988). *Una aproximación a los modelos del estructuralismo genético de piaget y del conductismo skinneriano desde la teoría general de sistemas*. (Trabajo de Grado). Facultad de Psicología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.
- Ebbinghaus, H. (1885). *Estudio experimental de la memoria*. En Gondra, J. M. (1982). *La Psicología Moderna*. (Pp. 135-158). Bilbao: Desclée de Brower.
- Escobar, H. (2003). Historia y naturaleza de la psicología del desarrollo. *Universitas Psychologica*, 2 (1), pp. 71-88.

- Escobedo, H. (1984). *Introducción al Simposio: ¿Es posible una psicología unificada?* Bogotá: ICFES.
- Fabry, J. (1977). *La búsqueda de significado. La logoterapia aplicada a la vida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la Genealogía, la Historia*. Valencia: Pre-Textos.
- Frankl, V. E. (2004). *El Hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Freire, P. (2009). *Pedagogía del oprimido*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Freud, S. (1981). *Obras Completas*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Gadamer, H. G., Ortiz, A. & Lanceros, P. (2004). *Diccionario Interdisciplinar de Hermenéutica. Una obra interdisciplinar para las Ciencias Humanas*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Gondra, J. M. (1982). *La Psicología moderna*. Bilbao: Desclée de Brower.
- González, M. T. (1980). *Discurso de inauguración del simposio: La Psicología ¿Ciencia Social?* Bogotá: JAVEGRAF.
- Gutiérrez, J. D., Prieto, V. & Trujillo, S. (2013). *El sentido vital: Una perspectiva de la tensión entre psicología y espiritualidad*. (Trabajo de Grado). Facultad de Psicología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.
- Hernández, O. G. (2013). El empobrecimiento de la investigación cualitativa en psicología. *Psychologia: avances de la disciplina*, 1 (1), 121-124.
- Hoyos, G. et al. (1980). *Epistemología y política*. Bogotá: CINEP.
- Hoyos, G. (2011). Positivismo y psicoanálisis. En S. Trujillo & L. M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 115-131). Bogotá: JAVEGRAF.

- Köhler, W. (1927). El Problema de la psicología de la Forma. En: J. M. Gondra. (1982). *La Psicología Moderna* (pp. 489-508). Bilbao: Desclée de Brower.
- Kühn, T. (1980). *La Estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lanceros, P. (2007). Epílogo a. En: V. Gianni., O. Andrés., Z. Santiago et al. *El sentido de la existencia: postmodernidad y nihilismo*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Lorite, J. (2011). Episteme, psicología, método. En S. Trujillo & L. M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 101-114). Bogotá: JAVEGRAE.
- Lukas, E. (s. f.). *La cuestión del significado y el sufrimiento*. Documento de trabajo.
- McDougall, W. (1923). La Psicología Hormica. En: J. M. Gondra. (1982). *La Psicología Moderna*. (pp. 431-447). Bilbao: Desclée de Brower.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la Liberación*. Valladolid: UCA.
- Maturana, H. (1997). *La Objetividad: un Argumento para Obligar*. Santiago: Dolmen.
- Montero, M. (2001). *Ética y política en psicología. Las dimensiones no reconocidas*. Caracas: Athenea Digital.
- Morin, E. (1996). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Orozco, L. E. (2011). La psicología como ciencia social. En S. Trujillo & L.M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 157-164). Bogotá: JAVEGRAE.
- Oviedo, G. L. (2011). Concepciones psicológicas colombianas en el Siglo XIX. En S. Trujillo & L.M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 29-54). Bogotá: JAVEGRAE.
- Pavlov, I. (1926). Los Reflejos Condicionados. En: Gondra, J. M. (1982). *La Psicología Moderna* (pp. 473-487). Bilbao: Desclée de Brower.
- Piaget, J. (1981). *Psicología y epistemología*. Barcelona: Ariel.

- Piaget, J. (1983). *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Fontanella.
- Pulido, H. C. (2011). Una reflexión sobre la relación psicología - trabajo desde una perspectiva histórica. En S. Trujillo & L. M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 63-76). Bogotá: JAVEGRAF.
- Ricoeur, P. (1983). *Freud: una interpretación de la cultura*. Cap. II El conflicto de las interpretaciones y Cap. III Método hermenéutico y filosofía reflexiva. México: Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (1976). *Exégesis y hermenéutica. Conferencia introductoria: Del conflicto a la convergencia de los métodos en exégesis bíblica*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Saldarriaga, O. (2011). La psicología antes de la psicología: notas para una historia de la psicología en Colombia. En S. Trujillo & L. M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 55-62). Bogotá: JAVEGRAF.
- Serres, M. (1996). *Los orígenes de la geometría*. México: Siglo XXI Editores.
- Titchener, E. B. (1898). Los postulados de una psicología estructuralista. En Gondra, J. M. (1982). *La psicología moderna* (pp. 209-219). Bilbao: Desclée de Brower.
- Thorndike, E. L. (1898). Inteligencia animal. En: Gondra, J. M. (1982). *La psicología moderna* (pp. 221-239). Bilbao: Desclée de Brower.
- Trujillo, S. (2002). Aproximación a la génesis de “lo psicológico”. *Revista Universitas Psychologica*, 1 (1), 92-100.
- Trujillo, S. (2003). La psicología: ¿para quién? *Revista Universitas Psychologica*, 2 (2), 215-223.
- Trujillo, S. (2006). ¿Puede la psicología ser científica? Reflexión en torno a “lo psicológico” desde Heidegger. *Revista Diálogos*, 4.
- Trujillo, S. (2007). Objetividad y sujetualidad: una perspectiva del debate epistemológico en psicología. *Revista Tesis Psicológica*, 2, 75-79.

- Trujillo, S. (2008). *La sujetualidad: un argumento para implicar. Propuesta para una pedagogía de los afectos*. Colección saber, sujeto y sociedad. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Trujillo, S. (2008a). Discierno, luego existo. *Revista Electrónica de la Unión Latinoamericana de Psicología*, 13. Recuperado de <http://psicolatina.org/13/discierno.html>
- Trujillo, S. (2011a). El abrazo mediterráneo. En S. Trujillo & L. M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 19-28). Bogotá: JAVEGRAF.
- Trujillo, S. (2011b). Aletheia: el arte de desolvidar. En S. Trujillo & L. M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 81-87). Bogotá: JAVEGRAF.
- Trujillo, S. (2011c). ¿Psicología o sicología? En S. Trujillo & L.M. Carvajal. *Historias y debates de las psicologías en Colombia* (pp. 237-244). Bogotá: JAVEGRAF.
- Trujillo, S. (2011d). La historia y las genealogías. Una lectura del texto de Foucault: “Nietzsche, la genealogía, la historia”. *Revista Tesis Psicológica*, 6, 176-185.
- Trujillo, S. (2012). ¿Somos agraciados o desgraciados? Ensayo sobre algunas relaciones entre espiritualidad y psicología. En *Espiritualidad para caminantes* (pp. 111-128). Bogotá: Facultad de Teología. Pontificia Universidad Javeriana / Editorial San Pablo.
- Trujillo, S. (2013). Pececitos extraños: ensayo acerca de quién puede llegar a ser sujeto. En *Libertad y Psicología: tensiones y perspectivas desde Iberoamérica* (pp. 125-145). Bogotá: JAVEGRAF.

- Trujillo, S. (Inédito). *Problemas heredados por la psicología de la tradición filosófica*. Documento de trabajo. Bogotá: Facultad de Psicología. Pontificia Universidad Javeriana.
- Valenzuela, J. A. (2011). Objeto y método de la psicología como ciencia social. En *Historias y Debates de las Psicologías en Colombia* (pp. 89-100). Bogotá: JAVEGRAF.
- Vasco, C. E. (1980). *Tres estilos de trabajo en las ciencias sociales. Comentarios a propósito del artículo "Conocimiento e interés" de Jürgen Habermas*. Bogotá: CINEP.
- Vasco, L. G. (1987). Objetividad en antropología: Una trampa mortal. *Revista Uroboros*, 1, 7-9.
- Vigotsky, L. S. (1995). *Obras escogidas*. España: Visor.
- Wallon, H. (1984). *Evolución psicológica del niño*. Barcelona: Grijalbo.
- Watson, J. B. (1913). La psicología tal como la ve el conductista. En Gondra, J. M. (1982). *La psicología moderna* (pp. 399-414). Bilbao: Desclée de Brower.
- Wundt, W. (1896). Objeto, divisiones y método de la psicología. En Gondra, J. M. (1982). *La psicología moderna* (pp. 181-196). Bilbao: Desclée de Brower.